

PERSPECTIVA

LA INVESTIGACIÓN CULTURAL COMO LICITACIÓN FUNCIONARIA

Investigar en cultura es también un gesto político. Al enfrentar un problema de investigación, se toman decisiones que se sustentan en opciones teóricas, metodológicas y analíticas. No hay caminos unívocos o alternativas consensuadas. Por el contrario, los problemas de investigación ofrecen, generalmente, sendas difusas, señaléticas borrosas y cartografías contradictorias. A raíz de aquello, el investigador en cultura –como cualquiera del espacio social– deviene en un creador de decisiones: qué hitos del camino recordar y cuáles olvidar, qué huellas seguir y qué marcas dejar. El investigar en cultura, entonces, se desenvuelve en una búsqueda incierta: no se sabe bien hacia dónde se dirige el esfuerzo hasta que surge un elemento, una guía, un segundo lúcido, que nos ofrece un panorama parcial, una interpretación posible, un conocimiento crítico para la misma sociedad.

Tomás Peters

Sociólogo, Universidad Alberto Hurtado, Magíster en Teoría del Arte, Universidad de Chile, PhD © Cultural Studies, Birkbeck, University of London. Ha sido profesor en la Universidad de Chile, Alberto Hurtado y Católica de Chile. Junto con Pedro Güell, editó el libro *La trama social de las prácticas culturales: sociedad y subjetividad en el consumo cultural de los chilenos* (2012).

En Chile, la investigación en cultura tiene una larga data. Desde las descripciones coloniales religiosas, pasando por las crónicas sociales del siglo XIX, hasta las indagaciones socio-históricas del siglo XX, han ofrecido interesantes cartografías culturales del país. En cada una de ellas se implementaron categorías y metodologías que hoy podrían considerarse insuficientes o carentes de toda regla procedimental. Sin embargo, todas ellas han servido como fuentes comprensivas, críticas y complejas de nuestra historia.

A finales del siglo XX y comienzos del XXI, la lógica investigativa en cultura ha cambiado sustancialmente. Las nuevas generaciones aprendieron a diseñar encuestas y conversaciones pauteadas, y las estadísticas y los mecanismos de registro y análisis vocal han generado un manual de usuario casi bíblico. Ciertamente, estos nuevos procedimientos analíticos han ofrecido un marco de análisis cada vez más complejo y han entregado datos "cabales" sobre nuestro actuar y vivir. Sin embargo, sus problemas, enfoques, prácticas y resultados son cada vez más pauteados, debilitados y capturados por el espacio técnico-estatal. Son cada vez menos los estudios en cultura que ofrecen un marco interpretativo que no haya sido

licitado. Los *términos de referencia* fijan el qué investigar, a quién investigar, qué herramientas utilizar y, a ratos, parecen determinar qué quieren escuchar. Se ha producido una absurda burocratización en el interés investigativo: en otras palabras, se ha gestado una investigación cultural funcionaria.

Así, en los últimos años –especialmente bajo la administración del jefe de servicio del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA), Luciano Cruz-Coke– se observó una aceleración de esta tendencia. Si bien desde la fundación del CNCA se han llevado a cabo estas prácticas, en los últimos años sorprendió el interés creciente por el fomento de la competitividad investigativa –por medio de la generación de observatorios privados de investigación en cultura o dando bienvenidas calurosas a empresas de investigación de mercado– y la reducción acelerada de los marcos de análisis. Esto último es especialmente evidente en la Tercera Encuesta de Consumo Cultural. En la formulación de su cuestionario –y, por ende, en sus análisis y posterior publicación en *hardcover*–, fueron excluidas todas las dimensiones, variables e indicadores de las encuestas anteriores que exploraban las opiniones, miradas socio-históricas, percepciones



políticas y críticas contingentes de los chilenos. Al consultar la base de datos, más allá de las estadísticas descriptivas de cuánta gente asistió o no a una galería de arte, a obras de teatro, entre otros, es poco lo que se puede hacer. ¿Cuántas publicaciones académicas se han realizado a partir de esa encuesta? A casi más de dos años de su aplicación, no se ha visto un trabajo arriesgado sobre esos datos.

Ahora bien, la investigación en cultura más interesante desarrollada en los últimos años ha provenido de lugares relativamente obvios: universidades e investigadores independientes financiados por fondos concursables. Lamentablemente, la difusión de esos trabajos ha sido limitada por recursos y falta de interés editorial. Sin embargo, instancias como el Núcleo de Sociología del Arte y de las Prácticas Culturales de la Universidad de Chile o un sinnúmero de investigadores independientes a lo largo del país han intentado nadar contra la corriente formularia actualmente en curso.

Como dije en un comienzo, investigar en cultura es también un gesto político. Resulta urgente que la investigación no sea coartada por una epistemología funcionaria. La exploración abierta y desbordante –que es posible realizar con las herramientas metodológicas disponibles– debe resurgir de sus cenizas críticas históricas y contaminar/filtrar las fronteras que intentan reglamentar la institucionalidad cultural vigente. Investigar en cultura significa ofrecer conciencia crítica a la sociedad, no comprender la sociedad para administrarla. ■